

9900-14

# SERMON

QUE EN LA SOLEMNE FUNCION

CONSAGRADA Á

## NUESTRA SEÑORA DE ALÁRCOS

POR EL ILUSTRE AYUNTAMIENTO

de la muy noble y muy leal Ciudad de Ciudad-Real,

EN CUMPLIMIENTO DE UN ANTIGUO VOTO.

pronunció el Presbítero

**D. MIGUEL ENRIQUE Y VIÑOLAS**

EN 5 DE JUNIO DEL PRESENTE AÑO DE 1865.

R. 4064



CIVIDAD-REAL.

ta de D. José Roman Muñoz, plazuela de la Merced,

1865.

S.L.C.  
37-12

SEÑOR  
D. JUAN DE ALARCOS  
CON EL TÍTULO DE DON  
DE LA MUY REAL Y MUY LEAL CIUDAD DE CÁDIZ  
EL GOBIERNO DE LA CIUDAD DE CÁDIZ  
PROMUEVE EL  
D. JUAN DE ALARCOS Y VIZCARRA  
EN 1 DE JUNIO DEL PRESENTE AÑO DE 1865



Imprenta de D. José María Muñoz, plaza de Mercado.

1865.



488095

21014834

S.L.C.

37-12



Celebravitis hunc diem solemnem in generationibus vestris culto sempiterno.

*Exod. c. XII. v. XIV.*

**DIGNOS** Concejales de mi amada Ciudad-Real: al veros penetrar en este sagrado recinto; al veros postrados ante esa Imágen de María, tantos siglos venerada de nuestros mayores; ante esa Imágen de María que nos recuerda antiguas glorias de nuestra pátria; al ver tantos amigos y paisanos nuestros de todas las clases, edades y sexos, que abandonan sus casas por venir á obsequiar á la Reina de estos valles, nuestra primitiva Patrona; y al ver tambien á los vecinos de estos pueblos inmediatos subir esta vistosa colina para tomar parte con nosotros y festejar á Nuestra Señora de Alárcos; al ver, en una palabra, que este histórico Santuario apenas puede contener la multitud ávida por oír las alabanzas de esta Virgen pura; al ver, digo, todo esto, siento, Señores, un gozo, un placer inexplicable, y no puedo menos de exclamar: aun es Ciudad-Real, aun es la provincia de la Mancha, aun es la España toda lo que ha sido desde que abrazó el cristianismo, celosa amante, fervorosa devota

noros cánticos; la reconoce y aclama por la Redentora de los hombres, la reparadora de la humanidad afligida, la esperanza de todos los mortales; la llama é invoca, la puerta del Cielo, la estrella de la mañana, la salud de los enfermos, el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos, el auxilio de los cristianos; y cuantas veces esta amorosa Madre ve á sus hijos reunidos en el templo para honrar á tan excelsa y privilegiada criatura, los llena de bendiciones, y derrama sobre ellos sus abundantes gracias. Bastaba esto, Señores, para comprender, que en obsequiar á esta Virgen Madre estaba interesada la religion: pero la fiesta de Nuestra Señora de Alárcoos ademas del interés general que inspira toda fiesta de la Virgen, tiene uno especialísimo, en gran manera interesante, sobre el que no puedo menos de llamar vuestra atencion para que en él os fijéis. Escuchad:

Todo en este mundo pasa, todo se consume, todo se acaba: los mas grandes monumentos de la antigüedad, los edificios mas sólidos, se desploman y no pueden resistir la accion del tiempo. ¿Dónde está el tan celebrado templo de Salomon, asombro y admiracion de los siglos? ¿Dónde está la famosa Ninive con sus mil y quinientas torres, con sus largas calles que ocupaban veinte leguas sobre las riberas del Tigris? ¿Dónde está la orgullosa Babilonia con sus cien puertas de bronce y con la multitud de sus magníficos palacios? ¿Qué se ha hecho en nuestra España la antigua Carpetania, la célebre Orcola, la monumental Clunia y la tan ponderada Itálica, patria de ilustres y esclarecidos varones? ¿Dónde está la antigua Lacuris, despues Alárcoos, gloria en otro tiempo de los campos Oretanos? Aquí estaba, sobre este cerro: en esta hermosa colina reposaba tranquila, y dejaba correr sus años; mas le llegó su día, y pereció como todas las

cosas humanas: solo este templo donde nos hallamos reunidos, solo esta casa santa dedicada á la Madre de Dios, esta sola persevera desafiando los siglos. Yo, Señores, veo aqui la mano de Dios que la está sosteniendo; yo veo la Providencia que vela por su conservacion; yo veo una ley especial que exceptúa este Santuario de la general que pesa sobre todos los proyectos y empresas de los hombres. De otra manera no puede comprenderse como no pereció el 19 de Julio de 1195, dia de luto, dia de lágrimas para estos habitantes. ¡Ah! cuando el victorioso mahometano pasa á cuchillo á los vecinos de Alárcos; cuando entrega á las llamas todos sus hogares; cuando la Ciudad entera no era mas que una espantosa hoguera; cuando los gritos de venganza se mezclaban y confundían con los lastimeros ayes de los moribundos, ¿quien detiene los pasos del vencedor á las puertas mismas de este templo? ¿Quién contiene su furia? ¿Quién amansa sus fieros instintos? Vos, Señora, Vos que habiais elegido esta casa para que fuera vuestra morada por los siglos de los siglos. Vos, Vos sola la salvais de la ruina y devastacion general, y como Madre de misericordia, salvais tambien á los que se habian acogido á implorar vuestra proteccion, á los que huyendo del peligro habian buscado su refugio en este Santo templo, poniendo en Vos toda su confianza.

Hay mas, Señores: pasaron aquellos dias de fatal recuerdo para esta comarca, han trascurrido seiscientos setenta años desde aquella espantosa catástrofe. ¡Cuántos trastornos han acaecido en esta larga época! Guerras con naciones extrañas; guerras civiles, y por lo mismo mas destructoras y sangrientas; convulsiones políticas que han cambiado la faz de las cosas; sucesos mil que llevan en pos de sí la destruccion de cuanto exis-

te, sin que la mano del hombre pueda detener el curso de los males que causan tan fatales acontecimientos; y sin embargo nadie ha tocado esta casa de la Virgen María: todos han respetado el Santuario de Alárco. Cuando en nuestros días hemos visto caer tantos templos consagrados á la Divinidad; cuando apenas hay pueblo donde no se vean ruinas de alguna Iglesia, Alárco persevera como una firme roca, que no pueden derrumbar las furiosas borrascas de este mundo. Ah! ni las tempestades que todo lo asuelan, ni las lluvias que todo lo destruyen, ni el huracán que todo lo destroza, ni el rayo que todo lo abrasa, nada ha tocado esta casa de la Virgen María: es decir; que los hombres, que los siglos, que los elementos han respetado este Santuario, que antes que nadie respetaron los moros vencedores. ¿Y como, Señores, no ha de estar interesada la religion en que se celebre esta fiesta á Nuestra Señora de Alárco, en la que ademas de venerar y obsequiar á la Virgen, bastante por sí solo para hacerla interesante, se recuerda, se publica un hecho tan notable, digno de que los hombres pensadores fijen en él su atencion, y mas digno aun de que toda persona piadosa humille su frente, y alabe y bendiga á la dichosísima Madre del Redentor? Si, Señores, en esto no puede menos de estar interesada la religion; pero os dije tambien que en celebrar esta fiesta se halla interesada al mismo tiempo la pátria, que es la

### SEGUNDA PARTE.

Que la pátria tenga interés en recordar aquellas acciones brillantes, aquellas heróicas empresas llevadas á cabo con tanta gloria por sus hijos, se comprende: la posteridad tiene que aprender en ese gran libro en que

están consignados tan grandes acontecimientos, para que pueda servirla de estímulo y decidirse á imitarlos: pero que la batalla de Alárco, mejor diré la derrota de un ejército lucido y valiente, y la destrucción de una ciudad que era ya célebre en tiempos de los romanos, pueda interesar también el recordarla, y recordarla desde este sitio, parece, Señores, hasta... inconveniente; sin embargo, sin embargo de esta idea que á primera vista no puede menos de asaltar, yo me propongo manifestar, que á pesar de haber sido vencidos nuestros mayores en este sitio donde nos hallamos, merecieron bien de la patria y de consiguiente tiene ésta interés en recordarlo. Pues ¿qué, Señores, no tienen también su gloria en las batallas los vencidos, cuando dejan á salvo el honor de las armas, y cuando es imposible el vencer por el número infinitamente mayor de los contrarios? ¿Y no es también interesante á la patria recordar un hecho de armas, que aunque en sí desgraciado, puede ser causa de posteriores glorias, que acaso no se alcanzaran sin aquel desastre? Este es precisamente el caso en que nos hallamos: así sucedió en la batalla de Alárco.

Era el 19 de Julio de 1195. Alfonso VIII, el conquistador de Alarcón y de Cuenca, el que atrevido é intrépido llevara sus excursiones hasta las puertas de Algeciras; el que desde allí enviara un atrevido reto á los moros africanos; Alfonso VIII, digo, se halla con sus huestes en este mismo sitio: aquí espera medir sus fuerzas con los irreconciliables enemigos de la Cruz; le acompañan nobles guerreros que, puestas las manos en el pomo de sus espadas, juran morir antes que abandonar esta ciudad, baluarte entonces de los dominios castellanos: al frente está el ejército mahometano, levantando orgulloso el estandarte del Profeta. Allí viene la flor de

Andalucía con sus ligeros corceles; allí se distinguen los tostados rostros de los africanos; allí se divisan los fanáticos Almohades; de todas las tribus, de todas las razas habian acudido á reforzar aquel ejército que, segun la crónica árabe, era tan numeroso, que no bastaban los rios para apagar su sed, ni los pastos para alimentar sus caballos. Tal vez hubiera sido prudente á los nuestros no comprometer la accion hasta recibir los refuerzos de Leoneses y Navarros; tal vez hubiera sido conveniente cansar antes con marchas y contramarchas á un ejército que habia de verse entorpecido en sus movimientos por su mismo número: pero estas medidas que podian interpretarse por los contrarios como nacidas del miedo, no pueden tener cabida en el corazon de un Monarca tan valiente y de unas tropas tan decididas; todos, todos están dispuestos á verter su sangre, si es necesario, por la religion y la pátria: así es que no titubean y se arrojan como leones sobre las apiñadas huestes agarenas. ¡Ah! su primer ímpetu es irresistible; el centro del enemigo se desordena y cae muerto el gran Visir, uno de los generales de mas nombradía: se repiten por segunda y tercera vez terribles cargas, mas. . . se presentan de fresco nuevos y nuevos combatientes; toma parte la gran guardia de negros que hasta entonces habia estado á la expectativa, y ya no es posible resistir tanto: la sangre corre á torrentes; los nobles castellanos cumplen su honroso juramento, y mueren como valientes, despues de haber yendido bien caras sus vidas; mueren, si, pero su memoria no perecerá nunca, y se trasmirá de generacion en generacion. Tambien murieron los trescientos Lacedemonios en el estrecho de las Termópilas, y la fama de tan heróico valor durará tanto como el mundo. Tambien murieron los defensores de Sagunto y Numancia, y

España cuenta como una de sus mayores glorias aquella defensa que llenó de terror y espanto á los mismos vencedores. Dignos son, pues, los valientes que se sacrificaron en la batalla de Alárco, de que se escriban sus nombres en el gran catálogo que ha producido esta nacion grande, é interesante es en gran manera á la pátria que se recuerde este hecho, por mas que fuese desgraciado.

Si desgraciado; pero ¡qué grandes sus consecuencias, qué fecundos sus resultados! Celebrad en buen hora, altivos musulmanes, celebrad en buen hora la batalla de Alárco: poco durará vuestro contento; la revancha será terrible. En efecto; el mismo Monarca, el mismo Alfonso VIII convoca á los Reyes de Aragon y Navarra, se reunen todos en este mismo sitio, llevan sus fuerzas combinadas á Andalucía, se apoderan del paso de Salvatierra, y en las Navas de Tolosa destruyen completamente las huestes sarracenas, arrollando uno de los mas formidables ejércitos que presentaron los moros en España. Doscientos mil mahometanos quedaron tendidos en el campo de batalla; y sus banderas, y sus bagages, y sus tiendas, y todas sus riquezas en poder de los cristianos. ¡Ah! los manes de Alárco quedaron vengados; la Cruz triunfa en aquel día memorable; el pendon de Castilla, de Navarra y de Aragon ondea victorioso sobre las crestas de Sierra-morena; la victoria de las Navas resuena con entusiasmo por toda la cristiandad, y desde entonces, dice un historiador contemporáneo, »ya no hay equilibrio, la balanza se ha inclinado:» y como que se entrevee ya la completa expulsion de tan fieros dominadores. No importa que los moros pretendan hacer el último esfuerzo al siguiente siglo; que pasen el estrecho numerosas y aguerridas falanges; que reunidas las fuer-

zas de los Reyes de Fez y de Granada presenten en el Salado cuatrocientos mil infantes y setenta mil caballos; no importa, repito; otro Alfonso saldrá á su encuentro con un puñado de valientes, y aunque la lucha será sangrienta, terrible, los pondrá al fin en completa dispersion; y el altivo Abul-Hasan y el resto de su destrozado ejército no se creerán seguros en España, repasarán aquella misma noche el estrecho, é irán á esconder su confusion y vergüenza al otro lado del mar. Y con esto ya no falta mas que corran los años y venga al mundo una muger, una heróina, una princesa sin igual en la historia de las naciones, Isabel 1.<sup>a</sup>; esa figura colosal entre tantas de crecida talla como ha producido España: Isabel 1.<sup>a</sup>, á quien el Cielo tenía reservada, entre otras muchas glorias, la de arrojar de Granada los últimos restos de la morisma: y ved aquí, Señores, las consecuencias de la batalla de Alárco, porque si la victoria de las Navas fué resultado legítimo de aquella desgracia, la victoria de las Navas fué la que allanó el camino para las posteriores glorias; por eso no hay inconveniente en asegurar que el celebrar esta fiesta es tambien interesante á la pátria.

201 Mi amada Ciudad-Real, y vosotros principalmente que sois sus dignos representantes; ya lo habeis visto: la religion y la pátria os llaman hoy á este Santuario; la religion y la pátria están interesadas en celebrar esta fiesta, y no debeis, no podeis ser sordos á un llamamiento tan sagrado. Celebrareis esta fiesta, os repetiré, para concluir, las palabras de Moisés con que principié mi discurso: *celebrareis este dia solemne en vuestras generaciones con un culto perpétuo: Celebravitis &c.* Se trata nada menos que de obsequiar á la Madre del Verbo, á nuestra primitiva Patrona la Virgen de Alárco, á esa

Imágen que antes que se levantáran nuestras casas, antes que se echáran los cimientos de nuestros templos, existía ya en éste, para ser nuestro consuelo; á la Virgen de Alárcos, que amparó y consoló á nuestros padres en aquel día tan aciago; á la Virgen de Alárcos, que está aquí sola en este cerro para recordarnos nuestro origen, nuestra historia; á la Virgen de Alárcos, que ha preservado esta casa por espacio de tantos años para que nunca nos olvidemos de ella: se trata de esto, repito, y se trata además de recordar un hecho de armas, que aunque desgraciado, es lo cierto que los valientes sacrificados aquí en aras de la religión y la pátria cumplieron como buenos militares su honroso deber, un hecho de armas que aunque desgraciado fué causa de posteriores glorias: de esto se trata, y no podeis negaros, hijos de Ciudad-Real, amados paisanos míos, no podeis negaros á celebrar esta fiesta, y . . . estoy seguro, nunca, jamás os negareis; os conozco; teneis dadas repetidas pruebas de vuestra fé, de vuestra piedad y devoción á la Santísima Virgen Maria, y teneis bien acreditado tambien vuestro acendrado amor á la pátria: celebrad esta fiesta, diré por última vez, y allá en el seno de vuestras familias, en el hogar doméstico, referid los recuerdos de este cerro, de este templo, de esta Virgen, para que no se olviden jamás; contadlo á vuestros hijos para que estos lo hagan despues á los suyos, y de este modo continúe de generacion en generacion la devocion, el amor á Nuestra Señora de Alárcos.

Quisiera, Madre mia, que en este día viniera Ciudad-Real entero á celebrar esta fiesta; quisiera ver á todos mis paisanos postrados á vuestros pies para manifestaros su gratitud y daros gracias por vuestros gran-

des favores; pero ya que no sea esto posible, allá desde nuestras casas, desde nuestras casas que estamos viendo este templo, allá desde nuestras casas os enviamos los amorosos suspiros de nuestro corazon; colocada en la cima de este cerro, os consideramos como un verdadero para-rayos, puesto entre la tierra y el cielo, para librarnos de las iras celestiales. Continudad, Virgen Santa, continuad siendo nuestra protectora: no nos olvidéis, Madre mia, no nos olvidéis jamás; amparadnos, bendecidnos y estended vuestra proteccion á todos estos pueblos, á cuantos han venido á tomar parte en esta fiesta; para que todos unidos tengamos la dicha incomparable de veros algun dia en la Gloria. Amen.



nos militares  
 aunque desgraciado fue causa de posteriores glorias: de  
 esto se trata, y no podéis negar, hijos de Cindab-Real,  
 amados paisanos mios, no podéis negar, á celebrar es-  
 ta fiesta, y . . . estoy seguro, nunca, jamás os negaréis;  
 os conozco; tenéis dadas repetidas pruebas de vuestra fe-  
 de vuestra piedad y devoción á la Santísima Virgen Ma-  
 ria, y tenéis bien acordado nuestro acordado  
 amor á la patria: es en esta, dice por última  
 vez, y allí en el seno de vuestras familias, en el hogar  
 doméstico, recordad los de este cerro, de este  
 templo, de esta Virgen, que no se olviden jamás;  
 contadlos á vuestros hijos para que estos lo hayan des-  
 pues á los suyos, y de este modo continúe la genera-  
 cion en generacion la devocion, el amor á Nuestra Se-  
 ñora de Alarcos.  
 para  
 im á Quisiera, Madre mia, que en este dia viniera Cin-  
 dad-Real entera á celebrar esta fiesta; quisiera ver á to-  
 dos mis paisanos postros á vuestros pies para mani-  
 festaros su gratitud y daros gracias por vuestras gran-